

MÁS DATOS SOBRE EL ABORTO

Información sobre el polémico tema del aborto.

Usando como pretexto textos de la Biblia sacados de contexto

Aunque nada en la abundantísima legislación que aparece en los libros del Antiguo Testamento ni en ningún mensaje de los profetas ni en ninguna palabra de Jesús o en las cartas de los apóstoles a las primeras comunidades hace referencia a la interrupción del embarazo para condenar o sancionar esta práctica, el catecismo católico y los grupos que se oponen tenazmente a la interrupción de cualquier embarazo afirmando que es un pecado grave, usan textos bíblicos cuyo sentido sacan de contexto e interpretan con un craso literalismo.

Algunos de los textos bíblicos que mencionan son: Isaías 49,1; Salmo 139,13-15; Jeremías 1,4-5. Estos tres textos y algún otro similar se refieren al destino de los grandes hombres de Israel: el rey David, los profetas Isaías y Jeremías, “desde antes de nacer”, “desde el vientre” y “desde las entrañas” de sus madres. Los grupos opuestos a la interrupción del embarazo deducen de estas expresiones simbólicas y metafóricas un principio “científico”: que la vida humana comienza en la “concepción”, en el mismo instante en que óvulo y espermatozoide se fusionan. Deducen que Jeremías ya era Jeremías en el vientre de su madre y que Isaías ya era quien iba a ser en el momento de la fecundación. También sacan de contexto el texto, igualmente simbólico, de Isaías 66,9, referido al nacimiento de todo el pueblo de Israel.

Cuándo comienza la vida a ser humana

¿Cuándo comienza un feto a ser humano? La respuesta la da la ciencia. Que un feto sienta, se mueva o respire no es lo que lo hace humano. Los animales, aún las plantas, también sienten, se mueven y respiran. Lo que nos hace humanos no es movernos, sentir o respirar. Lo que hace humano a un feto no es tampoco la “forma” humana que va adquiriendo en su desarrollo. Cuando vemos una ecografía, el feto nos parece una persona “en miniatura”. Es simple apariencia. Si viéramos el feto de un monito sería muy parecido al de un humano.

Lo propio, lo específico del ser humano está en nuestro cerebro, y más específicamente en la corteza gris del cerebro, con sus cien mil millones de neuronas. Con billones y billones de posibles conexiones entre ellas, las neuronas nos permiten pensar, hablar, conocer quiénes somos, elegir, planificar, transformar la realidad, soñar, decidir, crear, saber que vamos a morir. Todo esto es lo que nos hace humanos.

Las pautas regulares propias y específicas del cerebro humano no aparecen en el feto hasta cerca de las 30 semanas del embarazo, hacia el comienzo del tercer trimestre. Un embrión y un feto son vida humana en potencia, en proceso, en camino. Son una semilla con la capacidad de llegar a ser un árbol, pero no son un árbol. ¿Tendremos obligación de transformar toda semilla en árbol?

Cuándo comienza la vida humana a tener “alma”

Si la pregunta de la ciencia es cuándo empieza a ser humana la vida, la pregunta “religiosa” es cuándo Dios “infunde el alma” en el cuerpo de un ser humano. Esta pregunta tiene diversas respuestas en las distintas religiones y ha tenido también variadas respuestas a lo largo de la historia de la teología cristiana.

Lo primero es responder a la pregunta sobre qué es el “alma”, cómo definirla. Para la teóloga brasileña católica Ivone Gebara, el alma es esa metáfora que intenta expresar lo que hay de más profundo en nosotros. Metáfora que intenta revelar nuestros deseos más hermosos, nuestras esperanzas personales. El alma es la forma poética para hablar de nuestros sueños, de nuestras utopías, de nuestras aspiraciones, de nuestra intimidad.

Podemos responder también que el “alma” es lo que nos hace humanos. Podemos decir también que el “alma” radica en el cerebro. Nunca habrá cómo probar el momento exacto en que el ser

humano “recibe el alma”... porque no existe ese “momento”.

En las distintas religiones, y aún en el cristianismo, ha habido opiniones diferentes y muchos debates. Y el debate se mantiene aún abierto. Y por eso caben muchas opiniones, cristianas, y religiosas, ante el aborto.

Dentro de la cultura occidental cristiana se pensó durante un buen tiempo que había alma en el cuerpo humano a los 40 días después de ser engendrado el nuevo ser. Por la importancia simbólica que en la Biblia tiene el número 40. Teólogos más misóginos puntualizaron que si lo engendrado iba a ser mujer, el alma no era infundida hasta los 80 días. Eran cálculos, además de ideológicos, totalmente imprecisos, porque así como el semen masculino era observable, el papel de la mujer en la procreación se consideraba totalmente “pasivo”, una simple receptora del esperma masculino. La existencia del óvulo no se demostró científicamente hasta 1827.

Agustín de Hipona (siglo IV) y Tomás de Aquino (siglo XIII), los dos teólogos más influyentes en la historia de la teología católica, hablaron de esto sin conocimiento científico, especulando. Decía Agustín: Según la ley cristiana, el aborto no se considera homicidio en fase temprana porque aún no se puede decir que haya un alma viva en un cuerpo que carece de sensación. Tomás opinaba que el alma no se recibía en el primer momento, sino más tarde. Y era de los que fijaba la “infusión del alma” en 40 días si iba a ser niño y más tarde, a los 80, si sería niña. Para Tomás de Aquino, la mujer era un “hombre fallido”.

Cuando en el siglo 17 se empezaron a usar los microscopios, los teólogos, siempre misóginos, “demostraron” que el alma iba en los espermatozoides. Los veían moverse, les miraban forma de “hombrecitos” y consideraban que ese hombrecillo diminuto y con alma se alimentaba de la sangre menstrual de la madre. Después pensaron que sólo había alma cuando ya el feto tenía “forma humana”. O cuando la madre sentía sus movimientos. También pensaron que Dios infundía el alma en el momento exacto del nacimiento.

Los avances de la ciencia fueron sumando a muchos teólogos cristianos a la idea de que no hay “alma” mientras el feto no tenga formada la corteza gris de su cerebro y mientras no haya alcanzado la capacidad de ser viable de forma independiente fuera del vientre de su madre. Hay teólogos que proponen que no se hable de “alma” hasta que no haya pruebas biológicas de “vida cerebral”, al igual que entendemos actualmente la muerte como la “muerte cerebral”, que ocurre cuando el cerebro deja de funcionar, aún cuando sigan funcionando otros órganos del cuerpo.

Sólo desde hace más o menos siglo y medio —tras la proclamación del dogma de la inmaculada concepción de María— el Vaticano ha ido imponiendo en la iglesia católica la idea de que el alma existe desde el mismo instante de la fecundación o fusión óvulo-espermatozoide, momento al que llaman “concepción”, un término que no emplea nunca la ciencia ni la ginecología. Esta idea ha sido asumida también por diversas iglesias evangélicas. En las iglesias protestantes históricas —que tienen como principio fundamental la libertad de conciencia por sobre la interpretación dogmática— hay posiciones mucho más flexibles sobre el aborto.

Una “santa” anti-aborto

Como pieza de la campaña anti-aborto que encabeza en todo el mundo el Vaticano, fue proclamada “santa” de la iglesia católica en mayo de 2004 por el Papa Juan Pablo II la médica italiana Gianna Beretta Molla (1922-1962). El acto heroico que le mereció este honor fue elegir dar a luz en vez de cuidar de su salud y de su vida.

Gianna Beretta tenía esposo y tres hijos. En el segundo mes de su cuarto embarazo se le detectó un fibroma canceroso cerca del útero, que amenazaba su salud y la del feto. El médico le dijo que para salvar su vida tenía que interrumpir el embarazo. Había tres alternativas: laparotomía total con extracción del fibroma y del útero, lo que le hubiera salvado la vida y hubiera detenido el proceso

de formación del feto; interrupción del embarazo y extracción del fibroma, lo que le permitiría tener más hijos; y extracción sólo del fibroma sin interrumpir el embarazo. Para no interrumpir el embarazo, para no “pecar”, Gianna escogió la tercera, la más peligrosa para ella y la más grave para su futuro.

Fue intervenida y el embarazo continuó. Siete días después de dar a luz a su cuarta hija, murió de cáncer, tal como le habían anunciado los médicos. Dejó un viudo y cuatro huérfanos. Al conocerse su muerte, el entonces Papa Pablo VI alabó su decisión y la calificó de “meditada inmolación”. El Papa Juan Pablo II, al canonizarla, la propuso a las mujeres y esposas católicas como modelo y ejemplo de la belleza pura, casta y fecunda del amor conyugal vivido como respuesta a la llamada divina.

¿Qué dicen las religiones no cristianas sobre el aborto?

Todas las religiones han reflexionado sobre el aborto y tienen mandatos en torno a la interrupción del embarazo. Porque todas las religiones, al buscar el sentido de la vida, norman lo que debe hacerse para respetar la vida, desarrollarla y conservarla. Todas las religiones entienden que la vida es sagrada, un don de Dios, de los dioses.

En el judaísmo, las corrientes más ortodoxas se oponen al aborto, pero lo aceptan siempre que la vida y la salud de la mujer estén en peligro. En todas las corrientes, la madre siempre tiene prioridad sobre el feto. Y no se considera persona plena y con derechos al feto hasta el mismo momento en que nace. Lo más frecuente es dejar la decisión del aborto en manos de la mujer, en consulta con el rabino.

En el Islam hay diversas corrientes, que van desde la prohibición estricta del aborto hasta el permiso incondicional. La idea más común y aceptada es que el feto comienza a tener “alma” a los 120 días de la gestación, y por eso el aborto se permite generalmente antes de ese plazo. La madre, su salud y su vida son priorizadas siempre, aun en las corrientes más estrictas.

El hinduismo considera la vida humana en una perpetua evolución, privilegia siempre la vida y la salud de la mujer y permite interrumpir el embarazo con perspectivas muy amplias.

En las diversas escuelas del budismo es esencial el respeto a la vida, a toda vida, y el rechazo de toda violencia. También es esencial la intención con la que la persona actúa y el autoconocimiento que cada persona tiene al actuar. Desde estas perspectivas, hay una gran flexibilidad ante una decisión de abortar, considerando las circunstancias muy variables en que una persona decide.

La mayor severidad

Las posiciones católicas oficiales resultan las más rígidas en el tema del aborto. Porque el Vaticano no sólo se opone al aborto. También se opone a la anticoncepción. Coloca así a las mujeres en un callejón sin salida. Aun cuando se sabe que la planificación familiar, con los diversos métodos anticonceptivos, es la mejor prevención del aborto, porque evita los embarazos no deseados, la doctrina católica vaticana se opone al control de la natalidad con métodos “artificiales” y sólo acepta el método “del ritmo” —que resulta ineficaz y complicado—, rechazando incluso el condón y la “píldora del día siguiente”.

El mensaje contenido en todas estas prohibiciones —también en las suspicacias y prohibiciones de una adecuada educación sexual en las escuelas— es que el destino de las mujeres es aceptar “todos los hijos que Dios les mande”. Ninguna de las otras religiones comparte las ideas católicas vaticanas sobre la anticoncepción. Y prácticamente todas permiten y promueven los métodos artificiales de control de la natalidad sin enseñar que su uso es contradictorio con las creencias religiosas.

Por qué tanta severidad

No es fácil entender a fondo la intolerante y severa insistencia de algunos clérigos cuando se

oponen a todo aborto y en cualquier circunstancia. Además de las razones derivadas de la tradicional misoginia eclesial, del deseo de controlar la sexualidad de las mujeres o de frenar su libertad de conciencia, el teólogo alemán Eugen Drewermann, psicoanalista de profesión, apunta una de las razones más íntimas y escondidas que puede explicar esa posición:

En una perspectiva psicoanalítica está perfectamente motivado desde el estricto rigor con el que se prohíbe el “asesinato del niño en el seno de su madre” hasta la asombrosa y teóricamente incomprensible comparación del cardenal Josef Hoffner (en 1986), que sitúa en el mismo plano el aborto y el exterminio masivo de tantas “vidas inútiles” en las cámaras de gas del régimen nazi. Para comprender esa motivación, basta presuponer en los defensores de esa postura una vivencia infantil temprana que, llegada la madurez, se transforma en evidencia contundente de que si realmente existen se debe únicamente a la heroica voluntad de sacrificio de la propia madre. En consecuencia, lo que hay que esperar de quien llega a esa evidencia es que, como otro Abel, asuma su disposición personal para el sacrificio. Así, cuando llegue a ser sacerdote de un Dios exigente, podrá él mismo exigir a todos, especialmente a las mujeres y a las madres, que actúen de la misma manera y ofrezcan “libremente” su sacrificio personal.

Otras voces más sensatas, más compasivas

Pastores, sacerdotes, religiosas, incluso obispos, cuestionan y contradicen las posiciones vaticanas en torno al aborto. Ésta es, por ejemplo, la opinión del Cardenal Paulo Evaristo Arns, quien durante años fue arzobispo de Sao Paulo, Brasil. Hablando sobre los embarazos forzados fruto de violación decía: El consejo que deberíamos dar a cualquier muchacha que ha sido violada es: vaya de inmediato al ginecólogo y haga el tratamiento. No espere a que el niño se forme en su seno. Éste es el consejo que yo recibí de mi profesor de moral hace cincuenta años.

Y ésta es la opinión de la religiosa católica y teóloga brasileña Ivone Gebara: La mujer no está obligada a abortar o a no abortar, pero debe tener derecho a decidir. La sociedad excluyente niega ese derecho a las mujeres pobres, desde el momento en que les niega el derecho a una educación sexual. Si una niña de 15 años dice que no puede seguir con su embarazo, la sociedad no tiene derecho a señalarla como culpable, porque antes del embarazo la responsabilidad social no le fue cumplida. Por eso, estoy a favor de la despenalización del aborto, pero acompañada por una educación sexual. Yo creo que los Estados no deben criminalizar el aborto y deben darles condiciones a las mujeres que necesitan abortar por propia elección para que puedan hacerlo en el menor tiempo posible.

Para entender el aborto desde la perspectiva de dos eminentes ginecólogos cristianos, recomendamos el esclarecedor libro “El drama del aborto. En busca de un consenso”, de Aníbal Faúndes y José Barzelatto (Editores Tercer Mundo, 2005). La escritora chilena Isabel Allende lo presenta así: El aborto es un problema que afecta a casi todos, directa o indirectamente, por lo menos una vez en la vida. Nadie está a favor del aborto. Es una solución desesperada que tampoco agrada a nadie y que deja siempre cicatrices emocionales y físicas.

Un dilema entre vida y vida

Ante el dilema del aborto se pretende dividir a las personas entre los Pro-Vida y las Pro-Aborto. Los Pro-Vida afirman que todo aborto es un crimen. Y que abortar es matar. Y pretenden hacer creer que hay grupos de mujeres, las feministas, que pertenecen a “la cultura de la muerte” y por eso promueven la práctica masiva, y hasta festiva, del aborto. Al colocar el dilema entre vida y muerte contribuyen a culpabilizar y a atemorizar a las mujeres. Pero, cualquier mujer, ante un embarazo no deseado, riesgoso o de resultado incierto, está siempre ante un dilema, que es entre vida y vida.

¿Qué vida le espera a quien está por nacer si nace con una enfermedad congénita? ¿Y si los padres tienen ya muchos hijos y no tienen recursos para darle ni lo más básico? ¿Qué riesgo corre la vida

de una mujer embarazada por razones de su enfermedad crónica, de sus problemas de salud? ¿En qué riesgo emocional encuentra a esa mujer ese embarazo no previsto, no deseado, y qué significa ese riesgo emocional para el resto de su vida? ¿Qué oportunidades de vida —estudios, trabajo, relaciones— se le truncan a esa adolescente embarazada? ¿Qué origen violento y de abuso tiene la vida que inicia en el vientre de esa niña, de esa muchacha? ¿Qué significará el origen violento de ese embarazo forzado para el futuro de esa nueva vida?

¿Debe morir para “no matar” una mujer que padece una grave enfermedad, que queda embarazada y que sanaría con una operación en la que se perdería el feto? ¿Debe dejar huérfanos a sus otros hijos? ¿Es matar no dar vida a un feto que tiene una enfermedad incurable, con la que tendrá que sobrevivir dolorosamente toda su vida? ¿Debe venir a la vida para sufrir y para hacer sufrir a quienes lo cuiden? ¿Es matar no dar vida a un feto que tiene una grave malformación cerebral en una familia pobre que no podrá atenderlo, en una familia donde ese niño será una carga insostenible para sus padres y hermanos? ¿Es matar no dar vida a un feto con una enfermedad incurable si su padre y su madre tienen miedo a lo que esa dolencia condicionará para siempre sus propias vidas? ¿Es matar no dar vida a quien fue fruto de violencia y de violación y es rechazado desde el vientre de su madre? ¿Es matar no dar vida a quien es fruto de la violación de una niña? Todas estas preguntas muestran que el dilema es entre vida y vida. Y que cada caso es diferente y requiere de una reflexión diferente. Y que en cada caso debe haber libertad para decidir responsablemente sobre la vida.

Dos regalos: vida y libertad para decidir sobre la vida

Ante el dilema de un aborto están en juego siempre la vida y la libertad, las ideas que tenemos sobre la vida y sobre la libertad. Y así como solemos considerar que la vida es “un regalo de Dios”, ideas providencialistas de Dios nos impiden pensar que Dios también nos ha regalado la libertad para decidir responsablemente sobre nuestras vidas y sobre la vida.

Por tratarse siempre de un dilema entre vida y vida, por estar en juego la vida y la libertad, cada caso de embarazo no deseado y cada decisión sobre interrumpirlo o no, está siempre rodeado de preguntas vitales, de respuestas no fáciles. Lo más cristiano es respetar las respuestas que cada mujer, en conciencia y responsablemente, da a su propio caso. Ninguna mujer, aun cuando defienda la interrupción de su embarazo, debe ser etiquetada como pro-abortista o debe ser juzgada o condenada.

Sin juicios, con compasión

Así como la Biblia fue escrita en su totalidad por hombres, la doctrina de las iglesias cristianas también ha sido pensada y elaborada siempre por hombres. Éste es un dato que nos permite “sospechar” de los criterios teológicos que juzgan el aborto como un crimen y que culpan y condenan a las mujeres que interrumpen embarazos no deseados o riesgosos para su vida o su salud. Como en las iglesias cristianas siempre han mandado y decidido los hombres —sacerdotes y pastores—, se han promovido siempre ideas masculinas y machistas en todo lo referido a la sexualidad, la maternidad y la natalidad.

Esto ha oscurecido los puntos de vista de las mujeres, que son los que más se deben considerar y valorar cuando se trata de decidir la interrupción de un embarazo. Acompañar a la mujer a reflexionar y a decidir. Lo mejor es que esa reflexión y esa decisión sea acompañada por el hombre que engendró la nueva vida, pero con frecuencia esto no ocurre. Acompañarla a reflexionar y a decidir, eso es lo que haría Jesús. No la juzgaría y nunca la condenaría, sea cual sea la decisión que tome.

Si las paredes hablaran...

Son varias las películas que abordan el tema del aborto y que facilitan un debate sobre un tema tan polémico y vital. Destacamos tres. “Si las paredes hablaran” (If these walls could talk), de las

directoras Cher y Nancy Sacova (Estados Unidos 1996), que narra la historia de tres mujeres de diferentes ambientes sociales que se ven en la necesidad de abortar en 1952, 1974 y 1996 en Estados Unidos.

“El secreto de Vera Drake”, del director Mike Leigh (Francia-Gran Bretaña 2006). Esta historia se desarrolla en Londres en 1950. La naturalidad con que Vera practica abortos (“yo ayudo a las muchachas”, así lo define ella) durante veinte años, cuando en Inglaterra estaba prohibido hacerlo, y la solidaridad y generosidad de la vida de esta mujer común, pobre y alegre, le da al film una singular dimensión cristiana.

“El crimen del padre Amaro”, del director Carlos Carrera (México, 2002), basada en la novela del portugués Eça de Queiroz, muestra una de las formas más ocultas del aborto masculino: el de sacerdotes que embarazan a muchachas y mujeres y las fuerzan a abortar para no asumir su responsabilidad ni perder su estatus y fama.

Argumentos que no se sostienen

Algunos argumentan que con legislaciones más flexibles sobre el aborto habría una “carnicería”. Tras este pensamiento se esconde la idea de que las mujeres son seres irresponsables, y que si interrumpen su embarazo es porque son malas madres. La realidad diaria desmiente esta idea: son mayoría las mujeres que sacan adelante a sus hijos e hijas, con una enorme generosidad, esfuerzos y responsabilidad, mientras los padres de esas hijas y de esos hijos los “abortaron” en la práctica: no reconociéndolos, abandonándolos y despreocupándose totalmente de su suerte.

Algunos argumentan que si el aborto se despenalizara, habría una total promiscuidad sexual. Y que si se legalizara el aborto post-violación habría más violaciones sexuales. Tras estos pensamientos se esconde una visión de la sexualidad humana forjada en milenios de cultura patriarcal y machista. No sabemos, ni siquiera nos imaginamos, cómo viviríamos los seres humanos nuestra sexualidad en sociedades con equidad entre hombres y mujeres. Es la cultura machista, expresada en una sexualidad vivida como un ejercicio de poder y de dominio y no como un juego donde se comparte y se ama, la causa de muchos embarazos forzados y, en consecuencia, de muchos abortos. Es esa cultura machista la que debemos analizar y superar si queremos evitar el aborto.

El aborto de los hombres

“Mi marido no quiere más hijos y me amenazó con dejarme si no me lo saco”, “Este hijo no es de mi marido y el padre no se hace responsable, me suplicó que abortara”. “Mi jefe es el padre y dice que si no aborto, me despide”, “Aborté porque él me lo pagó todo y me dijo que me seguiría ayudando, pero que no quería ni hijos ni responsabilidades”, “Mi hijo era hijo de un sacerdote, él mismo me llevó a abortar”, “Mi novio me pidió la prueba de amor y cuando supo que estaba embarazada me dejó”... Son historias frecuentes, cercanas, dolorosas.

Siempre se habla de las mujeres que abortan, de las leyes que las condenan, del pecado que cometen. Es hora ya de hablar del aborto masculino. En América Latina, uno de cada tres hogares tiene al frente a una mujer sola, la mayoría abandonada por hombres irresponsables. En América Latina faltan padres. Lo demuestra el número creciente de madres solteras. En la mayoría de países, una de cada tres madres es “soltera”.

En América Latina, se practican cinco millones de abortos cada año. La inmensa mayoría son abortos masculinos, abortos provocados por la irresponsabilidad de los hombres, por su violencia, por su sexualidad basada en el abuso de poder. Las iglesias y los gobiernos que tanto persiguen el aborto de las mujeres, que las penalizan y condenan, harían bien en luchar por prevenir y erradicar el aborto masculino, el principal causante de casi todos los abortos.

BIBLIOGRAFÍA

Carl Sagan, Miles de Millones, Bolsillo, España 2000.